

El lector

Adsodemelk

En una esquina de la Avenida de Mayo, donde la escasa iluminación favorece el amor y el crimen a partes iguales, resiste un café cuya existencia contradice la lógica del tiempo. Sus puertas de madera, apagadas por el humo del tabaco y el peso de algunas conversaciones, han visto entrar y salir a una infinidad de almas que, sin saberlo, han dejado allí más que palabras. En las paredes cuelgan retratos de poetas olvidados y héroes anónimos, en el aire flota el aroma estimulante del café, y en cada mesa, los murmullos de discusiones filosóficas se mezclan con las notas de un tango lejano que parece repetirse sin fin.

Esa tarde, como tantas otras, un hombre se sentó en una mesa junto a la ventana. Llevaba un sombrero de ala ancha y una gabardina gris, y su rostro, aunque sereno, reflejaba una fatiga que no pertenecía al cuerpo, sino al alma. Era un hombre de letras, un lector voraz de libros quiméricos, un estudioso de lo inefable. Su nombre, que no importa, era apenas un eco en las páginas de las revistas literarias. Pero lo que sí importa es la conversación que habría de entablar.

Al poco tiempo de haberse sentado, se le unió otro hombre, uno que parecía haber salido de las mismas páginas que el lector tanto frecuentaba. Era un caballero de porte antiguo, con una barba cuidadosamente recortada y un aire de sabiduría contenida. Se saludaron con la cortesía de los extraños que se reconocen como iguales, y después de un breve intercambio de formalidades, el caballero le lanzó una pregunta que fue tan directa como inesperada:

—Dígame, ¿cree usted en la muerte?

El lector, que había pasado su vida entre textos que evitaban esa cuestión, o la abordaban con ambigüedades, se sorprendió por la franqueza de la interrogante. Su mente, entrenada en las sutilezas del lenguaje y las trampas de la lógica, empezó a buscar la respuesta adecuada. Pero antes de que pudiera responder, el caballero continuó:

—No hablo de la muerte en su sentido vulgar, esa que tantos temen y pocos entienden. Hablo de la verdadera muerte, la que ocurre cuando el alma, agotada de existir, decide disolverse en el olvido absoluto. ¿Cree usted que tal cosa es posible?

La pregunta resonó en la mente del lector como un eco en una caverna profunda. Había leído a los místicos que hablaban del alma inmortal, a los filósofos que sostenían la eternidad de la conciencia, y a los poetas que veían en la muerte un mero tránsito hacia otro estado. Pero aquella idea, la de un alma que elige el olvido como un acto de voluntad, le era completamente nueva y perturbadora.

—Si el alma es inmortal, como sostienen tantos, no debería tener la capacidad de desaparecer —respondió finalmente, eligiendo las palabras con cautela—. La muerte, en ese caso, no sería más que una transformación, un paso hacia otro plano.

El caballero esbozó una sonrisa, una de esas sonrisas que parecen contener secretos milenarios.

—¿Y qué ocurriría si el alma, cansada de la eternidad, encontrara en ese otro plano lo mismo que había dejado atrás? ¿Si descubriera que la existencia, en cualquier forma, es una repetición interminable de las mismas experiencias, los mismos dolores, los mismos placeres? ¿No buscaría entonces la verdadera muerte, la que trae consigo la disolución total, la liberación final?

El lector sintió un escalofrío recorrer su espalda. La idea de una eternidad repetitiva era más aterradora que la simple muerte. La inmortalidad, bajo esa luz, parecía más una condena que una bendición.

—Esa... verdadera muerte de la que habla, ¿es entonces una elección? —preguntó, incapaz de disimular el temblor en su voz.

—Lo es, pero no al alcance de todos. Solo aquellos que han comprendido la naturaleza cíclica del tiempo, pueden decidir salir de la rueda.

El lector, atrapado por la lógica de aquella idea, no pudo evitar preguntarse si él mismo habría de tomar alguna vez esa decisión. ¿Acaso no había sentido ya la fatiga de la vida, la repetición tediosa de los días? Pero antes de que pudiera continuar esa línea de pensamiento, el caballero se levantó y, sin despedirse, dejó sobre la mesa una pequeña tarjeta.

Cuando el lector tomó la tarjeta, vio en ella un nombre que lo dejó sin aliento: era el suyo. Levantó la vista, pero el caballero ya había desaparecido, como si nunca hubiera estado allí. La conversación, entonces, no había sido con un extraño, sino consigo mismo, con esa parte de su ser que habitaba fuera del tiempo. La tarjeta no era más que un recordatorio de que él, y solo él, tendría que decidir cuándo acabar esa conversación infinita.

El lector pagó su café y salió del lugar. La tarjeta se desvaneció como un sueño olvidado, y el tango continuó sonando, perpetuando la ilusión de que el tiempo aún seguía su curso.